

—Tenemos, pues, como primera partida...

—Cuatrocientos mil francos, añadió Blunner.

—¿Tus demás bienes están hipotecados?

—Por su valor.

—Puedes venderlos, y con la diferencia vivir modestamente.

—¿Y cómo tratáis de pagarme los setecientos treinta y cuatro mil francos y diez céntimos?

Máximo se sonrió ligeramente.

Evidentemente sabía algo que los demás ignoraban.

—Hubiérais debido acudir á la fortuna cuando la teníais á vuestro lado, en vuestras manos, repuso Blunner dirigiéndose á Roger. ¿No sabéis que Juana Trelan ha heredado todos los bienes de su prima? Juana debió ser vuestra gallina de los huevos de oro. Habéis cometido una verdadera necedad, Sr. Ambares.

—Creo que teneis que arreglar hoy otras cuentas, dijo Máximo interrumpiendo á Blunner. Son las nueve y treinta y cinco minutos y á las diez estais citado en el hotel Maurice. ¿No es verdad?

—Os engañais, contestó Blunner con asombro.

—Estoy seguro de ello, repuso Máximo. Ved esta carta en que me lo anuncian.

A medida que el judío leía la carta, cambiaba de color.

—¡Cosa más singular! exclamó.

Y poniéndose el sombrero salió bruscamente.

En cuanto se cerró la puerta detrás de Blunner, Máximo dió otra carta á Roger.

Roger, al verla, palideció, murmurando:

—¡De Juana!

Juana le citaba en aquella carta, para aquel mismo día, á las once de la mañana.

XXVIII.

Liquidación de cuentas

Moisés Blunner tomó el primer coche que halló al paso y dijo al cochero:

—Al hotel Maurice.

Durante el camino leyó la carta que le había dado Máximo.

«Caballero:

»Me pedisteis permiso para volver á verme. Hoy soy yo quien os ruega que me veais en el hotel Maurice, donde estoy alojada provisionalmente. Se trata de asuntos de mi padre, acerca de los cuales quiero conocer vuestra opinión.

»Os espero á las diez en punto.

»Recibid la seguridad, etc.

»JUANA TRELAN.»

Cuando penetró en la habitación de Juana Trelan,

Moisés Blunner, estaba verdaderamente preocupado.

¿Qué objeto podía tener aquella conferencia?

Juana le esperaba vestida de negro.

Un momento después de entrar Blunner, llegó el procurador de Vannes, señor de Buxieres.

—Señor Blunner, dijo Juana al judío, os presento al señor de Buxieres, procurador de la república, mi consejero y mi amigo.

Blunner saludó, pero, á juzgar por la cara que puso, la presencia del magistrado contribuyó á aumentar su preocupación.

El señor de Buxieres tomó la palabra.

—En 1870 desapareció el padre de esta señorita, Noel Trelan, llevándose consigo el secreto de su fortuna, y dejando á su hija pobre, sin amigos, en la tierna edad de diez años. Un día, en el colegio en que se educaba, recibió tres mil seiscientos francos para pagar un trimestre de pensión. Se ignora quién se los remitió.

—No fui yo, ciertamente, se apresuró á contestar el señor Blunner.

—No he querido aludiros. La señorita Trelan se encontró á la vez sin familia, y como he dicho, sin recursos. Sin embargo, su padre era rico, y si no era precisamente rico, al fin estaba en una posición desahogada. Vos sosteníais relaciones de amistad con él en aquella época. ¿Podeis darnos alguna noticia acerca del paradero de su fortuna?

Esta pregunta revelaba que el señor de Buxieres y Juana no sabían nada.

Y esta seguridad le tranquilizó algún tanto.

—No, contestó resueltamente. Noel Trelan no me consultaba sus asuntos.

—Pensadlo bien... Reunid vuestros recuerdos... añadió el señor de Buxieres.

—¡Hace tanto tiempo!...

—¿No le debíais personalmente alguna cantidad?

—Me había prestado algunas sumas para establecerme; pero recuerdo perfectamente que se las devolví. La fortuna que poseo está ganada por mí, franco á franco y honradamente.

—¡Honradamente! repitió el magistrado.

—En materia de créditos, repuso Blunner, yo no reconozco más que los títulos y las buenas firmas. Si me presentais alguna, la haré el honor que se merezca.

—Voy á complaceros, señor Blunner, contestó el procurador. Pero, tened la bondad de sentaros.

Blunner se enjugó la frente, que tenía cubierta de sudor.

El señor de Buxieres sacó del bolsillo un legajo de papeles.

—¿Conoceis estas letras? preguntó al judío.

Blunner quiso cogerlas.

—Podeis verlas desde ahí, le dijo el señor de Buxieres.

—¿A cuánto ascienden? preguntó Blunner.

—A cincuenta mil francos.

—Deben estar pagadas, y si no lo han sido, habrán prescrito.

—Pero si estas letras han prescrito, no está en el mismo caso este talon girado á nombre de los señores Rotschild en Agosto de 1870.

Blunner se puso rojo como la grana.

—Todas las infamias acaban por descubrirse, señor Blunner, añadió el procurador.

Después de un momento de silencio, dijo el judío.

—Quién debe cumple con pagar. Liquidemos.

—Debeis esta cantidad mas sus intereses desde Agosto de 1870. Transijamos. ¿Cuánto os debe el señor de Ambares? Dicen que está arruinado.

—El señor de Ambares es un miserable.

—Moderad vuestro lenguaje. Se os compran los créditos del señor de Ambares.

—¿En cuánto?

—Vais á cedermé la escritura de venta de su hotel por cuatrocientos mil francos en un bono contra el Banco.

—Sea.

—Está convenido.

—Escribid.

El señor de Buxieres dictó el documento de cesión de los créditos contra Ambares, y Moisés Blunner escribió.

—Ahora, dijo éste, devolvedme mis papeles

A vos no os sirven para nada y yo tengo la costumbre de conservar esta clase de documentos.

—Como gustéis. Podeis retiraros ya.

El procurador acompañó al banquero hasta la antesala.

En el momento de salir, Blunner se volvió.

—Todavía debo de estaros agradecido. Habeis podido perderme. Si alguna vez me necesitais, contad conmigo.

—Muchas gracias, le contestó el procurador sonriéndose.

En la escalera se cruzó Blunner con Ambares y el conde de Presle.

—Ann teneis buenos amigos, dijo Blunner á Roger.

Al entrar en la habitación de Juana, la criolla dió la mano á Máximo, y volviéndose hácia Roger, le suplicó que se sentara.

—He querido hablaros por última vez, le dijo, en presencia de vuestro amigo el señor conde de Presle, para daros algunas explicaciones que os conviene conocer. La señora de Fonterose y yo nos hemos impuesto la obligación de la situación embarazosa en que os encontrais. Por esta escritura vuelve á vuestro poder el hotel que poseeis en la calle de Aguesseau, y por este documento aparecen canceladas todas vuestras deudas. Además la señora marquesa de

Fonterose os compra todas vuestras tierras, entregándoos seiscientos mil francos como excedente.

—Juana, exclamó Roger, ya sabeis que lo que quiero no es mi fortuna perdida.

—Todo ha concluido entre nosotros, le contestó Juana solemnemente. Es inútil que insistais. He consagrado mi vida á una misión que cumpliré. Salid de aquí.

Y salió de la habitación despues de dar la mano á Máximo.

XXIX.

El fin de un jugador

Despues de su última entrevista con Roger de Ambares, Juana se dirigió á casa del médico que había protegido á Cláudio dirigiendo sus estudios y haciéndole su ayudante

El célebre doctor dispensó la más cordial acogida á Juana, pero nada pudo decirle acerca del paradero de Cláudio.

Ignoraba lo que había sido de él.

De paso hizo el más cumplido elogio de Cláudio, como hombre y como médico.

Cláudio había vivido en una casa de la calle de Hautefeuille.

Tampoco allí supieron decir á Juana dónde encontraría á su salvador.

Pasaron seis meses.

Juana vivía en la calle de Berry, en una casa que había pertenecido al marqués de Fonterose.

Roger se había valido de toda clase de medios para reconquistar el amor de su antigua querida.

Desesperanzado de conseguirlo, buscó el olvido en el juego.

En poco tiempo perdió una parte de la fortuna que debía á la generosidad de la marquesa de Fonterose y de Juana Trelan.

Un día, llevado de la desesperación y del amor de Juana, consiguió penetrar en el hotel de la calle de Berry.

En las habitaciones que atravesó no halló ningún criado.

Solo halló allí una mujer que le dijo que Juana había salido de París con dirección á Saboya.

En la habitación de Juana, y encima de un velador, vió el sobre de una carta, que decía:

«Señorita Trelan.

»En Thonen.

»(Alta Saboya)»

Juana había partido después de recibir una carta cuya lectura la había llenado de júbilo.

Hé aquí lo que había sucedido.

El señor de Buxieres desesperaba ya de dar con el paradero de Cláudio, cuando una casualidad le puso en camino de descubrirlo.

Un antiguo amigo suyo y compañero de guerra le escribió participándole de haber salido felizmente de una operación quirúrgica, á la cual había tenido que someterse para salvarse de una muerte segura.

Debía este resultado á un joven médico establecido recientemente en Thonen.

Este doctor se llamaba Cláudio y en todo el país se le creía víctima de una gran desgracia, por el aislamiento en que vivía y la tristeza que le consumía.

El señor de Buxieres se apresuró á comunicar estas noticias á Juana.

Juana se puso inmediatamente en camino, y al día siguiente llegó á Thonen.

Pocas horas después llegó al mismo hotel en que se alojó Juana un caballero de aspecto distinguido, pero cuyas facciones revelaban los extragos del vicio.

Preguntó si estaba en el hotel una señora cuyas señas respondían á las de Juana, y la contestación del dueño del hotel fué afirmativa.

Juana, en cuanto llegó á Thonen, preguntó por un médico que recientemente se había establecido en aquel punto.

La contestaron que estaba en el campo, pero que volvería al día siguiente.

Al día siguiente hizo que fuera un criado del hotel á llamarle, so pretexto de que tenía que hacerle una consulta.

Apenas salió el criado, se presentó Roger de Ambares en la habitación de Juana.

Juana, al verle, hizo un gesto de sorpresa.

—¡Vos aquí! le dijo.

—Sí, la contestó Roger. He sido muy culpable con vos, pero vos habeis sido más cruel conmigo. Sé á lo que habeis venido aquí. No puedo resignarme con la idea de que ameis á otro hombre. Es un sacrificio superior á mis fuerzas. He buscado en el juego el aturdimiento y la locura para olvidaros. No le he encontrado. He hecho mas. He descendido hasta la embriaguez. Tambien ha sido inútil. Estoy arruinado y envilecido y os amo. ¡Os amo todavía!

—¿Qué quereis de mí? le preguntó Juana.

Roger dió un paso hácia su antigua querida.

Les separaba un velador.

La habitación de Juana constaba de dos habitaciones separadas por un tapiz de alfombra.

—Vas á saber lo que quiero, la contestó Roger. Has sido mía, y el hombre á quien tú has pertenecido no puede amar á otra mujer. No quiero tu fortuna. Te quiero á tí. Lo mismo te amaría si estuvieras cubierta de andrajos y muerta de hambre. Te he conocido demasiado tarde. Tienes razon para

rechazarme. Pero estoy dispuesto á afrontar tu ódio y tu desprecio.

—¿Y qué pensais hacer?

—Matarme en tu presencia. Pero antes te mataré á tí.

—¡Habeis perdido el juicio!

—Sí, estoy loco de amor, y, sobre todo, loco de celos. Tus desdenes me exasperan.

Se dejó caer á los pies de Juana y quiso cogerla una mano.

Juana retrocedió.

—No os acerqueis á mí, le dijo. Os lo prohibo.

—¡Ah! exclamó Roger fuera de sí. No quieres oírme... No quieres recordar nuestros dias de ventura...

Tienes razón. Estás formada de hierro como todos los tuyos. Eres una Kerandal. Te juro que serás la única mujer á quien ame... Te juro que seré tu esclavo... Te juro...

—Es tarde para todo eso.

—Es decir, que prefieres al hijo de los asesinos.

—Le amo, contestó resueltamente Juana.

Roger se levantó.

—Si te conduces como una Kerandal, debes morir como una Kerandal.

Y sacando una pistola del bolsillo apuntó á Juana.

Juana no se movió.

Partió la bala.

Pero una mano de hierro, apoderándose del brazo de Roger, hizo variar la puntería.

Cláudio había llegado á tiempo.

—Ya veis, dijo á Roger, que no solamente hay asesinos en mi familia.

Roger quiso revolverse contra Cláudio, pero Cláudio le rechazó violentamente.

—Si teneis corazon, exclamó Cláudio, haceos justicia vos mismo.

Roger desapareció detrás del tapiz que separaba las dos habitaciones.

Un momento después sonaba un segundo disparo.

Juana se arrojó en los brazos de Claudio.

—¡Te buscaba, exclamó, y al fin te encuentro!

—¡Y el pasado mío!... murmuró Cláudio.

XXX.

Un año despues

Santa Gilda no está ya huérfana de sus amos.

Todos los antiguos servidores de la marquesa y de Nicolasa ocupan sus puestos.

Cláudio Kerandal ha recobrado su nombre y es la Providencia del país.

El y Juana hacen olvidar con sus beneficios los crímenes de Jacobo y Corentin.